

## LOS AÑOS DE LA ADOLESCENCIA Y JUVENTUD – CHERI 1831 – 1841



### **Estudiante de Chieri (1)**

**1831-1835; 1835-1841: de los 15 a los 26 años de edad.**

#### **1. Estudiante en las Escuelas Públicas de Chieri (1831-1835) (MO pág. 365-388)**

El 3 de noviembre de 1831, acompañado de Juan Filippello, llega a Chieri después de caminar 18 km., desde Susambrino. Chieri es una ciudad de 9.000 habitantes, de los cuales 4.900 se dedican a los tejidos de algodón y de seda. Para Juan es una ciudad muy grande: "Quien se ha criado entre bosques y no ha visto más que un pueblecito provinciano, queda muy impresionado ante cualquier novedad" (MO, pág. 365).



Margarita le ha conseguido casa con Lucía de Matta, que vive en Chieri para atender a su hijo, también estudiante en las escuelas públicas. Consigue que no le cobre el hospedaje, a cambio de ayudar a éste en el estudio y de llevarlo por el buen camino: “Yo me preocupé de él como de un hermano”.

En esta casa se quedará dos años. Entre el segundo y el tercer año, durante un tiempo, dormirá en un establo del Sr. Miguel Cavalli. Pasará tercer año en el café de Juan Pianta, hermano de Lucía; y el cuarto año, en la casa de Tomás Cumino, sastre. Con este último había estado hospedado José Cafasso, cuando era estudiante.

Llega a la escuela con algo aprendido, pero desorganizado. El padre Plácido Valimberti lo recibe con bondad y lo recomienda. Lo ubican en 6º. Su cultura equivale a la de un niño de 10 años y sus compañeros de curso son de esa edad: “Yo parecía una columna en medio de mis compañeros”.

Pronto se recupera por su buena conducta, su aplicación y su excelente inteligencia y memoria. El primer año avanza tres niveles (6º, 5º y 1º de Gimnasio o Gramática); el segundo, dos niveles (2º y 3º del Gimnasio o Gramática); el tercero hace 4º de Gimnasio o Humanidades; el cuarto equivale al 5º de Gimnasio o Retórica.

Es un estudiante brillante, de muy buena conducta. Por ese motivo se le perdona el pago de la matrícula cada año. Su memoria es prodigiosa (“al fin del primer año sucedió un pequeño incidente...” Lee un trozo de Cornelio Nepote teniendo en la mano el Donato). Le bastan las clases para aprender. Leer es retener. Pero también estudia duro, aún en las vacaciones con el Vicario de Castelnuovo, para

ponerse al nivel de los discípulos. Recuerda con cariño a sus profesores y hace distintos elogios de cada uno.

Plácido Valimberti: “Él me dio muchos y buenos consejos para mantenerme alejado de los peligros... Él mismo me presentó al prefecto de la escuela y me hizo trabar conocimiento con otros profesores” (MO pág. 365).

El teólogo Valeriano Pugnetti “...tuvo para conmigo mucha caridad. Me ayudaba en la escuela, me invitaba a ir a su casa y, compadecido de mi edad y de mi buena voluntad, no ahorra nada de cuanto pudiera ayudarme” (MO pág. 365).

El profesor Vicente Cima: “Hombre severo en la disciplina... respondió con insólita amabilidad: si usted tiene buena voluntad, ha caído en buenas manos; no lo dejaré sin trabajo. Anímese y, si alguna dificultad encuentra, dígamelo enseguida, que yo se la allanaré” (MO pág. 366).

El P. Jacinto Giusiana, dominico: “Si aprobé, se lo debo a la protección de mi venerado profesor el P. Giusiana, dominico, que logró pudiese hacer yo un nuevo ejercicio” (MO pág. 371).

El Profesor Pedro Banaudi: “Era un verdadero modelo de maestro. Había llegado a hacerse respetar y amar por todos los alumnos, sin imponer nunca un castigo. Amaba a todos como a hijos y ellos le correspondían como a un tierno padre”. (MO pág. 375).

Es la época de las amistades profundas. Logra llevar a muchos compañeros al bien y los ayuda a estudiar. En particular, recuerda a sus amigos: Guillermo Garigliano (que después entró con Juan al

Seminario) y Pablo Braia (que murió el 2º año), los hermanos Blanchard (uno de ellos, José, sustraía fruta y pan de su casa para dárselos a Juan). Con ellos funda la Sociedad de la Alegría, cuyo código es sencillo:

1. Evitar toda conversación y toda acción que desdiga de un buen Cristiano.
  2. Exactitud en el cumplimiento de los deberes escolares y religiosos.
- (MO pág. 367-368).

Dice Antonio Martínez Azcona en su libro “Don Bosco 100 años después”: “Yo creo que, entre 1832 y 1835, Juan Bosco fue en Chieri como Francisco de Asís en su pueblo, antes de meterse a místico”. Juan, en efecto, atrajo la atención y se ganó la amistad de toda Chieri, durante esos años.

Después vienen los amigos de los últimos años: el hebreo Jonás (Jacobo Leví) (MO pág. 377), y Luis Comollo (“Desde entonces lo tuve por amigo íntimo; y puedo decir que de él aprendí a vivir como buen cristiano. Puse toda mi confianza en él, y él en mí. Nos necesitábamos mutuamente. Yo necesitaba su ayuda espiritual y él, la mía corporal. Él me enseñó a ser cristiano, pues, viendo mi fuerza muscular, me repetía: Amigo mío, me espanta tu fuerza, pero créeme, Dios no te la dio para destrozarte a tus compañeros. Él quiere que nos amemos los unos a los otros, que nos perdonemos, que devolvamos bien por mal”) (MO pág. 372).

La experiencia de un confesor fijo en la persona del teólogo José María Maloria, el sacerdote más docto de la ciudad, canónigo de la colegiata de Chieri, fue fundamental para él.

“Me recibía siempre con bondad cuántas veces iba a él. Es más, me animaba a confesar y comulgar con la mayor frecuencia... Yo creo que debo a mi confesor el no haber sido arrastrado por los compañeros en ciertos desórdenes que los jóvenes inexpertos han de lamentar muy a menudo en los grandes centros escolares” (MO pág. 370-371).

El ambiente en la escuela era cristiano y exigente, propio de la “Restauración”.

“Recuérdese que en aquel tiempo la religión formaba parte fundamental de la educación. Al profesor que, aún en broma, dijera alguna palabra indecorosa o irreverente, se le privaba inmediatamente del cargo. Y, si eso sucedía con los profesores, ¡imagínad la severidad que se empleaba con los alumnos indisciplinados y escandalosos! Todos los días de la semana se oía la Santa Misa; al empezar la clase, se rezaba devotamente el ofrecimiento de obras, seguido del Avemaría; al acabar, la acción de gracias, seguida también del Avemaría. Los días festivos se reunían los alumnos en la iglesia de la Congregación. Mientras llegaban los jóvenes se hacía una lectura espiritual, a la que seguía el Oficio de la Virgen; después, la misa, y luego, la explicación del Evangelio. Por la tarde, el catecismo, vísperas e instrucción. Todos debían recibir los santos sacramentos y, para impedir la negligencia en tan importantes deberes, había obligación de presentar, una vez al mes, la cédula de confesión. Quien no hubiere cumplido con este deber, no podía presentarse a examen de fin de curso, aunque fuera de los primeros. Esta severa disciplina producía maravillosos efectos. Se pasaban los años sin oír una blasfemia o una mala conversación...” (MO pág. 370). Durante los cuatro años que frecuenté aquellas escuelas, no

recuerdo haber oído una conversación o una sola palabra contra las buenas costumbres o contra la religión” (MO pág. 387).

Es una época en que descuella por sus habilidades de todo tipo: el canto, el piano, la declamación, el teatro... sobre todo el deporte. Es la plena expansión física de su juventud. Esto le crea también mucho prestigio. Es hábil para cualquier juego, para la magia y la prestidigitación (“competía con los maestros”, “a menudo daba sesiones en público y en privado”), que también le traen problemas, pues Tomás Cumino le acusa ante el Canónigo Máximo Burzio, párroco de la catedral y delegado del Obispo en la escuela (“das mucho que hablar, y alguien ha llegado a sospechar que te sirves de la magia y que en tus obras puede haber intervención del diablo” MO pág. 380) En el tercer año desafía al saltimbanqui. Todo concluye con un buen almuerzo en la fonda “Il Muletto” (Ib.).

Trabaja duramente. Aprende varios oficios: pastelero, mozo de café, carpintero, sastre, encuadernador. También hace de escribano. Es particularmente pesado el tercer año, como mocito de café hasta altas horas de la noche, todos los días y, luego, un rincón incómodo para dormir, bajo la escalera. Después de cerrar, empezará a estudiar, a leer, para preparar sus clases y avanzar en el estudio. (MO pág. 376).

En este tiempo no olvida a sus amigos de Morialdo: (“de cuando en cuando los visitaba los jueves” MO, Pág. 371), pasa con ellos las vacaciones y les organiza la Sociedad de la Alegría, como a los de Chieri.

Se vuelve un apasionado lector de los clásicos italianos y, después, de los latinos. Consigue que el librero Elías le preste, por módico precio,

los libros de la Biblioteca Popular editados por José Pomba. Leía un volumen por día, o mejor, de noche (“Varias veces me sucedía que me sorprendía la hora de levantarme con las Décadas de Tito Livio en las manos, cuya lectura había empezado la noche anterior. Esto arruinó de tal forma mi salud, que durante varios años mi vida parecía estar al borde de la tumba” (MO pág. 385).

Al terminar su tercer año, se plantea el problema de la elección de estado. Pide ayuda a su confesor, P. José María Maloria, el cual no quiere saber de ese tema. En su angustia de no saber qué hacer, y para asegurar la salvación de su alma, decide hacerse franciscano y presenta su petición en el Convento de Santa María de los Ángeles, en Turín. Es aceptado el 28 de abril de 1834. Pero, poco después, tiene un sueño y dificultades que lo llevan a desistir de este plan.

“Me pareció ver una multitud de aquellos religiosos con los hábitos rotos, corriendo en sentido contrario los unos de los otros. Uno de ellos vino a decirme: tú buscas la paz y aquí no vas a encontrarla. Observa la actitud de tus hermanos. Dios te prepara otro lugar, otra mies.” (MO pág. 387).

Mientras tanto, decide hacer el año de Retórica.

Luego, de este año, de acuerdo con su amigo Juan, Comollo escribe a su tío, Párroco de Cinzano. El sacerdote le contesta y aconseja que entre al seminario y, mientras sigue los estudios, ya conocerá mejor lo que Dios quiere de él. (MO pág. 387).

La Vida Religiosa y las Misiones empiezan a atraerlo de modo particular.

## Estudiante de Chieri (2)

1831-1835; 1835-1841: de los 15 a los 26 años de edad.

### 2. Estudiante en el Seminario de Chieri (1835-1841)



La decisión de entrar al seminario no dejó de ser difícil y dolorosa, porque no encontré apoyo y orientación. La angustia procede que la elección de estado se realizaba en clave de “salvación del alma”. Quien no elegía bien, arriesgaba su eterna salvación.

“Mientras tanto, se acercaba el final del curso de retórica, época en que los estudiantes acostumbran a decidir su vocación.

El sueño de Morialdo estaba siempre fijo en mi mente, es más, se me había repetido otras veces de un modo bastante más claro; por lo cual, si quería prestarle fe, debía elegir el estado eclesiástico, hacia el que sentía, en efecto, inclinación; pero la poca fe que daba a los sueños, mi estilo de vida, ciertos hábitos de mi corazón y la falta absoluta de las virtudes necesarias para este estado, hacían difícil y bastante dudosa tal deliberación.

¡Oh, si entonces hubiese tenido un guía que se hubiese ocupado de mi porvenir! Hubiera sido para mí un gran tesoro; pero ¡este tesoro me faltó! Tenía un buen confesor, que pensaba en hacerme un buen



cristiano, pero que en cosas de vocación no quiso inmiscuirse nunca” (MO pág. 386).

Recibe la sotana el 25 de octubre de 1835, de manos de su párroco Antonio Cinzano, recién nombrado, quien por la tarde lo invita a una fiestecita al pueblo de Bardella en la que se siente molesto por la situación ambigua de algunos sacerdotes exagerados en la bebida; y, cuando el párroco le pregunta la razón de su fastidio,

“...le respondí, con toda sinceridad, que la función celebrada por la mañana en la iglesia no concordaba ni en género, ni en número, ni en caso con lo de la tarde. El haber visto sacerdotes haciendo el bufón en medio de los convidados y un tanto alegrillos por el vino, casi ha hecho nacer en mí aversión hacia la vocación. Si supiera que había de ser un sacerdote de éstos, prefería quitarme esta sotana y vivir como un pobre seglar, pero buen cristiano” (MO pág. 390).

Ciertamente tenía bien grabadas en su memoria las palabras de Mamá Margarita: “Acuérdate que no es el hábito lo que honra a tu estado, sino la virtud. Si alguna vez llegas a dudar de tu vocación, ¡por amor de Dios! no deshonres ese hábito...; prefiero tener un pobre campesino a un hijo sacerdote descuidado en sus deberes... cuando viniste al mundo te consagré a la Santísima Virgen; cuando comenzaste los estudios te recomendé la devoción a nuestra buena Madre; ahora te digo que seas todo suyo, ama a los compañeros devotos de María...” (MO pág. 391).

Pasa las vacaciones en su casa de Susambrino (MO pág. 387).

Decidida su entrada en el seminario de Chieri, recibe ayuda de su párroco, del padre José Cafasso y de otras personas. “Siempre tuve necesidad de los demás”, tendrá que confesar.

El Seminario de Chieri fue fundado en 1829 por el arzobispo de Turín, Colombano Chiaverotti, en el antiguo convento de los Filipenses y junto a la iglesia de San Felipe. Mons. Chiaverotti era monje camaldulense e impuso en el seminario un ambiente conventual, recogido, separado de los peligros del mundo. Había una disciplina estricta y una ascética como la que pedía el Concilio de Trento. Uno de los alumnos fundadores había sido José Cafasso. Este seminario era una alternativa al de Turín, donde llegaba a su culmen en ese año la lucha entre los rigoristas y benignistas, las tendencias de una moral rigorista o de una moral más comprensiva y benigna como norma para el ministerio de la Confesión, polémicas que perjudicaban seriamente a los seminaristas.

Cuando Juan entre al seminario, acompañado de Guillermo Garigliano, su compañero del gimnasio (de los 25 compañeros del curso entraron 21 al seminario), descubre en el patio un reloj de sol con este letrero: *“afflictis lentae; celeres gaudentibus horae”*... (El tiempo pasa lento para los tristes, pero corre veloz para las personas alegres). Él vivirá alegremente este período de su vida. Permanecerá allí 6 años. Don Bosco, escribiendo 40 años después de sucedidos los hechos, recuerda ese tiempo de esta manera:

Los superiores: eran buenos pero inaccesibles. Se hablaba con ellos dos veces al año, al llegar y al salir a vacaciones. Si un superior llamaba a alguno era ciertamente para un regaño. Cuando un superior pasaba

entre los seminaristas, todos se alejaban de él como de un “perro con sarna”. Sin embargo, Juan, sensible al trato con ellos y necesitado de ayuda, antes de entrar, pide al Teólogo Ternavasio “un consejo para ganarme la benevolencia de mis superiores”. La respuesta fue: exacto cumplimiento del deber.

Los compañeros: Margarita le había recomendado juntarse con los devotos de la Virgen y los amantes del estudio y la piedad. Tiene sus grandes amigos: Guillermo Garigliano, Juan Giacomelli, Luis Comollo. Pero descubre que algunos no van con verdadera vocación. Le impresiona haber oído conversaciones realmente malas y que algunos fueron descubiertos con libros impíos y obscenos... “constituían la peste para los demás” (MO pág. 393).

Destaca su amistad con Comollo, quien muere el 2 de abril de 1839, a los 22 años. En 1844 Don Bosco escribirá su biografía.

“Este maravilloso compañero fue para mí una bendición... Me corregía y me consolaba, pero con tal tacto y tanta caridad que hasta me consideraba feliz de darle motivos para que lo hiciese... Instintivamente me sentía inclinado a imitarlo y... ciertamente le debo no haber sido arrastrado por los disipados y la perseverancia en mi vocación... en una cosa ni siquiera intenté imitarle, en la mortificación” (MO, pág. 395).

Confiesa que en el seminario todos le querían. Era sumamente servicial con todos y les hacía de sastre, barbero, de sacamuelas, de enfermero. En el último año tendrá otro amigo excepcional llamado José Burzio, quien le motiva para irse de misionero con los Oblatos de

María. Muere el 20 de mayo de 1842, a los 20 años, y Don Bosco publica una reseña de su vida y virtudes. (MB I, 401-406).

Prácticas de piedad: Diariamente: misa, meditación, rosario, lectura espiritual. Comunión, los domingos y fiestas. A veces, para comulgar entre semana, lo hacía saltando el desayuno (“aunque estaba prohibido, los superiores cerraban un ojo”). Comollo le será de constante estímulo en la piedad: visitas al Santísimo, Devoción a la Virgen, mortificación.

Estudios: Se compromete en serio y aprovecha hasta los recreos y las vacaciones. No se contenta con lo escuchado en clase, sino que lee mucho por su cuenta, sobre todo Historia y Biblia. Participa en círculo de estudio para discutir sobre las clases. Domina el latín y el griego, que fueron sus lenguas predilectas junto con el hebreo y el francés. Su memoria le sigue ayudando. Cada año recibirá un premio en efectivo, asignado en los exámenes semestrales a los mejores alumnos. En estos años pone la base del amplio bagaje cultural que lo caracterizaría más tarde.

Hizo dos años de filosofía: 1835-1837. Y cuatro de teología, en vez de cinco: 1837-1841.

“Me presenté yo solo al Arzobispo Frasoni y le pedí me dejara estudiar los tratados correspondientes al cuarto curso durante el verano (las vacaciones después del 3º de teología), para así dar por acabado el quinquenio de teología en el curso escolar siguiente 1840-1841. Aducía mi avanzada edad de 24 años cumplidos” (MO pág. 406). En quinto curso me hicieron prefecto (o responsable del orden y la disciplina) que es el cargo más alto a que puede llegar un seminarista” (MO pág. 407).

Una cosa notable sobre las lecturas: “Fui víctima de un error que me hubiera traído funestas consecuencias de no haberme dado cuenta, gracias a un hecho que juzgo providencial. Acostumbrado a la lectura de los clásicos a lo largo de todo el bachillerato... no encontraba ningún gusto en los escritos ascéticos. Llegué a estar persuadido de que el buen lenguaje y la elocuencia no podían conciliar con la religión. Las mismas obras de los Padres me parecían producto de ingenios harto limitados, hecha excepción de los principios religiosos que ellos exponían con fuerza y claridad” (MO pág. 404).

Es entonces, a principios del 2º de filosofía, cuando se encuentra con la Imitación de Cristo, y “Leí un capítulo sobre el Santísimo Sacramento. Al considerar atentamente la sublimidad del pensamiento y el modo claro, ordenado y elocuente con que quedaban expuestas las grandes verdades, dije para mí: el autor de este libro es un hombre docto... No tardé en darme cuenta de que uno solo de sus versículos contenía más doctrina y moral que todos los volúmenes de los clásicos antiguos. A ese libro le debo el haber cesado en la lectura profana” (MO Pág. 405).

En el fondo se nota una insatisfacción y crítica semioculta a varias cosas del seminario: La lejanía de los superiores; la ambigüedad de algunos compañeros en contraposición a las escuelas públicas, donde jamás había oído un discurso inconveniente; los estudios teóricos con los que más bien se deformaba a los seminaristas, puesto que los hacían incapaces de comunicarse con el pueblo; la disciplina rígida...y todo en el clima rigorista que presenta la vida cristiana, el Juicio de Dios y la dificultad de la salvación eterna, lleva a Juan a romper con sus compañeros anteriores y con los juegos y pasatiempos y le conducen a una especie de inhibición afectiva que busca un escape

por la vía del control de sí mismo y la vida ascética, de renuncia y mortificación para formar en sí las cualidades y actitudes un buen eclesiástico, según las exigencias reglamentarias de la época.

Sin embargo, dirá al final: “Día de verdadera pena fue aquel en que hube de abandonar el seminario... Dejaba un lugar en donde había vivido seis años, donde había recibido educación, espíritu eclesiástico y cuantas muestras de bondad y cariño se pueden desear” (MO pág. 407).

#### Bibliografía

- “Iniciación al estudio de Don Bosco”

Capítulo “Los primeros treinta años de la vida de Don Bosco”

P. Fernando Peraza Leal sdb

Centro Salesiano Regional – Quito – Ecuador

- “Qui è vissuto Don Bosco”

Itinerari storico-geografici e spirituali

Aldo Giraud e Giuseppe Biancardi

Elledici - Torino

- Ejercicios Espirituales itinerantes

Aldo Giraud